

ORTEGA Y GASSET Y EL PENSAMIENTO FILOSOFICO EN MEXICO

VERA YAMUNI TABUSH

Uno de los temas centrales del pensamiento en México, en el siglo xx, es el de lo mexicano y el mexicano. Este tema compuesto ha pasado ya, durante su existencia de una cincuentena de años, aproximadamente, por dos etapas. En la primera, el tema del pensamiento en México era, para sus autores, más bien la cultura mexicana o «lo mexicano». En la segunda, el tema tendía a versar, en mayor medida, sobre «el mexicano». Esto no quiere decir que las dos etapas se presenten como antagónicas, o que el estudio del mexicano haya venido a sustituir enteramente al anterior, de «lo mexicano». El libro *El perfil del hombre y la cultura en México* (1), del filósofo Samuel Ramos (1897-1959), es la primera obra que tiene por tema exclusivo el del mexicano y su cultura. En el título del libro precede el hombre a la cultura. El perfil que trata Samuel Ramos de describir es el perfil del hombre mexicano. Pero en esta obra su autor no sólo es-

(1) Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, 2.^a ed. aumentada, Edit. Pedro Robledo, México, D.F., 1938.

tudia más extensamente la cultura mexicana, sino que ésta precede al análisis del mexicano. La primera etapa del mencionado pensamiento en México se caracteriza, pues, por un predominio del estudio de la cultura mexicana, estudio en el cual queda inmerso, como parte subordinada, el análisis del mexicano. En la segunda etapa, el tema del mexicano resulta el tema central. Lo que ha tratado de hacer el pensar, durante los últimos cincuenta años en México, es, pues, elaborar un pensamiento conjunto de lo mexicano y el mexicano, ya poniendo énfasis en la cultura mexicana como en la primera etapa, ya anteponiendo el estudio del mexicano, como en la segunda etapa.

Este pensamiento y filosofía de lo mexicano y del mexicano tiene un origen histórico-nacional. Esta fuente del pensamiento sobre lo nacional, sobre lo mexicano y el mexicano, se remonta a la iniciación del pensamiento español sobre la decadencia de España en el siglo XVIII. Los pensadores españoles de entonces empiezan a buscar las causas del atraso científico de España, atraso que se vuelve notorio cuando se lo compara con otros pueblos europeos. Benito Jerónimo Feijoo escribe, en este siglo XVIII, el *Teatro crítico y las cartas eruditas*, y en la carta XVI señala que la insuficiencia de la enseñanza en España, el rechazo general a las novedades científicas y el desprecio que los intelectuales españoles sienten por la ciencia moderna son las causas del atraso intelectual de toda España. Con Feijoo se inicia la etapa del pensamiento español sobre la decadencia en España. España va a ser, en los tiempos posteriores al de Feijoo, el tema de muchos pensadores españoles. El tema es el de una decadencia que hay que remediar o el de una grandeza que hay que restaurar. En la preocupación por España tiene su origen, pues, el pensamiento español que tiene por tema el de la salvación de España. Este tema es expresado, en forma máximamente concisa y ejemplar, por Ortega y Gasset (1883-1955) en su céle-

bre frase: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo.»

A la preocupación por la salvación de España sigue la faena de la salvación de América misma. Los autores de la independencia de América, desde Simón Bolívar (1783-1830) hasta José Martí (1835-1895), son pensadores, o se preocupan tanto como los pensadores, por la independencia como condición indispensable para que los pueblos de América logren toda su grandeza, una vez independizados estos países, por las maneras de lograr efectivamente esta grandeza.

En México encontramos en este siglo xx el tema de México y América en la obra de Alfonso Reyes (1889-1959), de José Vasconcelos (1882-1959), de Antonio Caso (1883-1946). Los mexicanos pretenden entonces formar una filosofía propia, y surge, bajo la influencia del pensamiento de Ortega y Gasset, la primera obra mexicana dedicada enteramente a hacer una filosofía o pensamiento salvador, no de la circunstancia española, sino de la mexicana y el mexicano. Esta obra es el libro de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, al cual nos referimos al hablar de la primera etapa del pensamiento en México.

El filósofo José Gaos (1900-1969) nos dice en el análisis que hace del libro *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Flores (2), que lo primero que a él, como discípulo de Ortega y Gasset, le llamó la atención fue «la similitud del problema planteado en el libro de Samuel Ramos, y la manera de plantearlo y aun de tratarlo en busca de la solución, con el problema, también de la cultura nacional venidera, y por y para ella pretérita y actual, de que partió la obra del maestro español allá por 1914, el año de las *Meditaciones del Quijote*. La inquietud por España como cultura, la idea de la salvación de esta cul-

(2) José Gaos, *Pensamiento de lengua española*, Edit. Stylo, México, 1945, págs. 169-170.

tura nacional por *la* cultura, el programa de estudio de la realidad patria, fueron circunstancias, raíces y temas en el complejo punto de partida del maestro español. Ramos conoce la obra de Ortega y ecos de la de éste se oyen distintos en la de aquél. Sin embargo, yo he experimentado constantemente a lo largo de la lectura la impresión de que las similitudes indicadas surgen espontáneamente de afinidades objetivas entre los temas y de la originalidad y autenticidad parejas con que ambos pensadores se enfrentan a su realidad nacional circundante y a su realidad personal, íntima —la nacional en ellos—, en donde inside el valor filosófico de las obras».

El mismo Samuel Ramos expresó que en la frase de Ortega «yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo», veía él una norma que debiera aplicarse a México. Había que formular pensamientos meditando sobre las modalidades propias de la cultura mexicana y la forma en que éstas han modelado la fisonomía peculiar del hombre mexicano. Este afán o deseo fue el que llevó a Samuel Ramos a hacer una descripción de la cultura mexicana. Nuestra cultura, dice, es derivada. Los mexicanos hemos imitado la cultura europea. En el principio de nuestro siglo xx, continúa diciendo Ramos, era general entre los mexicanos un desdén marcado por todo lo propio, mientras que su interés se enfocaba hacia el extranjero, para buscar, sobre todo en Europa, modelos que dieran un sentido superior a su vida. Nadie emprendía una obra nueva sin antes enterarse de lo hecho, en casos semejantes, por los europeos. Espiritualmente era México un país colonial. El ideal supremo del burgués mexicano era ir a Europa, educarse en sus escuelas y universidades, con frecuencia para no volver más a la patria. Sus hombres vivían inconformes de haber nacido en este lugar del planeta, y aunque las circunstancias los forzaran a estar en México, su espíritu vivía en Europa. «A partir del segundo decenio de este siglo (a partir de la Revolución mexicana),

se produce un cambio de actitud del mexicano hacia el mundo. Descubre en su país valores que antes no había visto, y en ese mismo instante empieza a disminuir su aprecio por Europa, que en ese tiempo vivía los años terribles de la guerra. El pesimismo europeo de la postguerra debilitó la autoridad de Europa en la conciencia americana. El fracaso de múltiples tentativas de imitar sin discernimiento una civilización extranjera nos ha enseñado con dolor que tenemos un carácter propio y un destino singular.» Ramos interpreta, pues, la cultura mexicana, el carácter del mexicano, e inicia con ello, más propiamente que sus antecesores, un pensamiento de la salvación de las circunstancias mexicanas.

El pensamiento de Ramos es el antecedente más cercano, en el tiempo y por la materia, del grupo que se llamó «Hiperión», un conjunto de pensadores mexicanos que continuaron con el tema de la salvación de las circunstancias mexicanas y desarrollaron una filosofía o pensamiento del mexicano. La labor de estos pensadores cuando muy jóvenes fue especialmente dirigida y estimulada por José Gaos, maestro por excelencia por entonces de toda esta generación. José Gaos no sólo fue el primero en darse cuenta de la relación existente entre el libro de Samuel Ramos y las *Meditaciones del Quijote*, de Ortega, sino en valorar el ensayo de Ramos como algo original. Señaló e insistió, de palabra y por escrito, que éste era el tipo de pensamiento que habría de hacerse en México, y otros países, en el futuro. Se debe a José Gaos, que continuaba en este sentido a Ortega, no sólo el haber orientado el trabajo personal de los que eran entonces sus discípulos, entre otros a Leopoldo Zea (1912), hacia lo nacional, sino el dirigir en su seminario casi todas las obras escritas sobre pensamiento iberoamericano, y el haber contribuido, con su labor personal y ejemplar, al estudio del pensamiento hispanoamericano y del de México.

El jefe del grupo Hiperión fue Leopoldo Zea. Este

fundó, desde principios del año 1952, el Centro de Estudios sobre el Mexicano, en el que participaron tanto los miembros de Hiperión, Emilio Uranga, Luis Villoro, Jorge Portilla, Ricardo Guerra, Joaquín Macgregor, Salvador Reyes Nevares y Fausto Vega, como todo un grupo de historiadores, sociólogos, economistas, psicólogos y otros científicos. Este centro llevó a cabo una serie de mesas redondas sobre problemas concretos de México, a mediados del año 1952, y dirigió la colección «México y lo Mexicano», colección para la cual José Gaos escribió dos pequeños tomitos denominados *En torno a la filosofía mexicana* (3), y que fue el órgano de expresión, durante algún tiempo, del pensamiento y de la filosofía del mexicano.

Ejemplos filosóficos de los resultados de este movimiento, tendente a elaborar el pensamiento del mexicano, son las aportaciones hechas sobre el ser del mexicano por Emilio Uranga, uno de los fundadores, con Zea, del grupo Hiperión, y las llevadas a cabo por Zea mismo sobre la conciencia y la responsabilidad del mexicano y otros temas ligados a la circunstancia mexicana e iberoamericana.

Veamos, primeramente, cómo interpreta Uranga el ser del mexicano (4). Describe Uranga el ser accidental del mexicano. Al mexicano, dice, le caracteriza una cierta insuficiencia constitucional. Su ser es insuficiente porque carece de fundamento. Y un ser que, como el mexicano, carece de fundamento, es un ser accidental. La insuficiencia del mexicano es, pues, la insuficiencia de su ser como accidente.

La tradición filosófica de Occidente ha venido oponiendo la sustancia y el accidente. La sustancia, se ha dicho repetidamente, nos dice Uranga, es lo que está

(3) *En torno a la filosofía mexicana*, núms. 7 y 11, Colección México y lo Mexicano, Porrúa y Obregón, S. A., México, 1952 y 1953. Hay una nueva edición de estos dos libros en un solo tomo, Alianza Editorial Mexicana, México, 1980.

(4) Emilio Uranga, *Análisis del ser del mexicano*, Colección México y lo Mexicano, Edit. Porrúa y Obregón, S. A., México, D.F., 1952.

debajo de las cosas, es el sujeto que sostiene o soporta las cualidades de éste. Lo que está por debajo de todos los fenómenos, la sustancia, se ha visto frecuentemente como el fundamento de las apariencias mismas, como lo inalterable en su naturaleza frente a las modificaciones del mundo. La sustancia es estable, suficiente. El accidente, en cambio, es inestable, puede presentarse o no, sin que por ello se altere la sustancia a la que se adhiere. Un hombre tiene un cierto color, es moreno o blanco. El color de él es un accidente, es algo que se añade a la sustancia hombre. Por eso, dice Uranga, el accidente es «ser-en», es decir, es algo que se da en otra cosa, a saber, en la sustancia. Y porque el accidente es «ser-en» la sustancia, porque depende de ella, el accidente es un ser insuficiente.

La tradición filosófica de Occidente, continúa Uranga, no sólo opone la sustancia y el accidente, sino que también afirma que el ser del hombre es un ser sustancial. Desde luego, los europeos se han concebido a sí mismos, tácita o expresamente, como sustancias, pero algunos, incluso, han llegado a negar la sustancialidad de América y de los americanos. América, decía Hegel, es un accidente de Europa, es decir, América vive de adherirse a la sustancia europea. Pero no sólo Hegel tiene tal concepción de América. Se oye decir, dice Uranga, que «el vino», «los toros» y el carácter de los españoles son sustanciales, y que nuestro vino, toros y carácter son «insustanciales», que les falta médula, entraña, «cuerpo». En su comportamiento, continúa, el español se muestra «resistente», «duro», habla fuerte. En cambio, los mexicanos procuramos evitar el tono elevado de la voz y la palabra fuerte. Para Uranga sería lo mexicano respecto de España algo así como lo que para Hegel es América respecto de Europa, pero con una diferencia notable, la de sostener que para los mexicanos el ser accidental no entraña un valor inferior frente a la sustancialidad de Europa. En los orígenes de nuestra historia, dice, hu-

bimos de sufrir una desvalorización, por no asemejarnos al «hombre» europeo. Para confirmar esta idea basta recordar la discusión suscitada en el siglo XVI acerca de si el indio pertenecía a la Humanidad o era simplemente una bestia, discusión en la que el dominico español Bartolomé de las Casas toma la defensa del indio. Pero en el presente, sigue diciendo Uranga, el mexicano se afirma como «hombre» y como mexicano. Hacer resaltar la cualidad de mexicanidad de las cosas, y del hombre mismo, es una de las características del mexicano actual. Este carácter se vuelve patente a los extranjeros, y a los mexicanos mismos, añadido por mi cuenta, a primera vista, en los anuncios comerciales. En México se apela al sentimiento nacionalista del mexicano para el buen éxito de un negocio, al expresar que «el artículo en venta es mexicano», es decir, digno, por ser tal, de comprarse o poseerse. Parecido tono nacionalista manifiestan algunas de sus canciones: «Nací en la frontera, de aquí de este lado, de aquí de este lado, puro mexicano»; «México, Patria y Estado, sí señor; soy mexicano dos veces, y doble honor». Uranga ha filosofado sobre este sentimiento diciendo que el ser de todo hombre no es sustancial, sino accidental, y que toda interpretación del hombre como criatura sustancial le parece inhumana. Y, por lo tanto, cabe concluir, aquel que no se mantenga como accidente, aquel que no se asemeje en su manera de ser al mexicano, no tiene humanidad, es inhumano. Ha llegado, pues, a invertir los términos tradicionales.

Una consecuencia del concebirse los mexicanos a sí mismos como seres para el accidente, dice Uranga, es el sentimiento de zozobra que acompaña a sus acciones. El español toma una posición fija frente al amor, la muerte, la paternidad y la amistad; llama al pan, pan, y al vino, vino. El mexicano, en cambio, vacila y tiene que sacar en medio de zozobras la actitud adecuada. Expresa su oscilación, incluso en poesía, viéndose como péndulo. Uranga ilustra esta interpre-

tación con poemas tomados a López Velarde, como el siguiente:

Niña que me dijiste
en aquel lugarejo
una noche de baile
confidencias de tedio:
dondequiera que exhales
tu suspiro discreto,
nuestras vidas son péndulos...

Leopoldo Zea ha hecho, también, una descripción de las modalidades del alma mexicana (5). Estas modalidades son «la falta de algo», «la imitación», «la pena», «el mañana», «la gana», «la vergüenza», «la soberbia» y «la irresponsabilidad».

Los mexicanos, según Zea, sienten que algo les falta, que están incompletos. Les falta algo que no saben o no quieren completar, o que completan en forma artificial, al buscar este complemento en otras culturas. Este sentimiento de que «algo les falta» da origen a la imitación y la pena. Al querer completarse el mexicano con lo externo o extrínseco a él mismo, imita. Pero esta imitación no le resuelve el problema de lo que le hace falta, y entonces siente pena por ello, y se conduce como ante la pérdida de un familiar o de un amigo, o ante la pérdida de un gran efecto. Esta pena por lo que no encuentra, la otra mitad de su ser, da a la vida del mexicano un carácter de provisional. Hoy es todo inseguro, dice, pero me queda una esperanza, la del futuro, la de que mañana realizaré mis sueños. La realización de las fantasías en un mañana próximo depende de la gana, del sentir que, el día que le dé la gana, el mañana se convertirá, definitivamente, en un hoy. El mexicano no puede conciliar lo que es con lo que quiere ser, y al no poder hacerlo, aparece en su conciencia el sentimiento de la vergüenza. Pero todas estas afecciones negativas que el mexicano experimenta, las percibe Zea como fun-

(5) Leopoldo Zea, *La Filosofía como compromiso y otros ensayos*, 1.^a ed., Edit. Tezontle, México, D.F., 1952.

dadas en un sentimiento mucho más profundo y radical: el de la soberbia. Como pueblo, dice, nos sentimos con más derecho que otros, que han llegado más tarde, a ser rectores. Nos sabemos herederos de dos grandes culturas: la española y la azteca y, sin embargo, no aceptamos la responsabilidad que nos impone la sociedad y la historia. Somos irresponsables. Estos dos sentimientos, la soberbia y el extremo opuesto al de la irresponsabilidad, o sea, la responsabilidad, mueven a Zea a interpretar la filosofía y al filósofo como la ciencia y la persona mayormente comprometida y responsable con su circunstancia, por una parte, y por otra, a construir una filosofía de la historia de la filosofía occidental y del hombre que la hace, que se incluye aquí muy parcialmente para abreviar. El concepto capital desde el cual Zea enfocará esta filosofía de la historia es el de responsabilidad.

La responsabilidad del hombre emana del compromiso que éste tiene con su realidad. El compromiso no es un convenio interesado, una obligación contraída a cambio de determinadas ventajas políticas, sociales o económicas. El compromiso consiste en hallarse el hombre inmerso en un mundo que él no ha formado, pero dentro del cual tiene que actuar y ante el cual ha de ser responsable. Este mundo con el cual nos encontramos comprometidos puede no responder a nuestras necesidades, o a nuestros anhelos, o a nuestros sueños. Y, sin embargo, es un mundo que tenemos que aceptar como propio. Nuestra actitud frente al mundo tiene siempre una forma, buena, mala, regular. Esta forma nos compromete, querámoslo o no, y nos obliga moralmente a hacernos responsables. Pero no sólo nos comprometemos a nosotros mismos con nuestras actitudes, sino que, además, comprometemos con ellas la existencia de los otros. Y los otros, a su vez, nos comprometen con sus actitudes, con lo que decidan hacer o dejar de hacer. Tenemos que asumir no sólo la responsabilidad de un pasado que no hemos hecho, sino también la de que nuestra respues-

ta a él, cualquiera que ésta sea, comprometerá a los hombres del futuro con otro que habrá sido hecho por nosotros, y que, por lo tanto, no habrá sido hecho por ellos. Esta es la esencia del compromiso.

Todo hombre ha de ser responsable. Y, sin embargo, es el filósofo el que ha de ser mayormente responsable, por ser en mayor grado consciente de que su situación es una situación comprometida. Ser filósofo significa asumir la responsabilidad, no sólo de los problemas que le toca solucionar como individuo, y como parte integrante de la sociedad, sino, además, solucionarlos de tal manera como si él encarnase a la Humanidad toda. El filósofo, al comprometerse, está comprometiéndolo a los hombres todos ante la Humanidad.

Como puede verse, hay en lo anterior una interpretación original del compromiso y la responsabilidad. Pero Zea no ha diseñado esta nueva interpretación por afán o amor a la pura teoría. Esto sería contradictorio con su ideal del filósofo, el hombre eminentemente comprometido con su circunstancia y responsable de ella. Zea ha diseñado todo lo anterior para acabar hablando de la situación o circunstancia, los compromisos y las responsabilidades inherentes a ellos, de los mexicanos, ha formulado una filosofía de la circunstancia que aplicará, en obras posteriores, a toda Iberoamérica.

Nuestra situación, continúa diciendo, no es la de la burguesía europea. Al europeo la guerra le conmina a elegir entre el bloque anglosajón y el bloque soviético. Pero aunque en general la situación mundial sea también la del mexicano, éste tiene otra más urgente que realizar, y que, por lo mismo, hace distinta su postura en la situación mundial. El mexicano tiene, al lado de la explotación por el imperialismo mundial y local, el problema indígena, el de sus típicos dictadores, caudillos, caciques y «hombres fuertes». Tenemos que responder por nuestra realidad, ya que de nuestro fracaso somos los mexicanos los únicos res-

ponsables. Reconocerlo es uno de los primeros pasos que nos llevarán a nuestra reivindicación. El siguiente habrá de ser el de adaptar nuestros proyectos a nuestras responsabilidades y circunstancias. Con este último cambio también se operará una transformación en nuestro ser. Podremos sentirnos, como de hecho empezamos a notarlo, seguros, completos, firmes, abiertos, optimistas y con capacidades para las cuales, apenas ayer, nos considerábamos negados. La realización de nuestros primeros proyectos que respondan a nuestra situación real, abrirá la posibilidad para la realización de otros que antes parecían imposibles.

De todo lo anterior se desprende que a los mexicanos se les presentó su ser y cultura nacional como inferiores comparativamente al ser y a la cultura europea occidental, y que buscaban una solución de superación o de salvación del yo y la circunstancia mexicana. Sin embargo, Zea nos dice expresamente que esta faena no es responsabilidad exclusiva del hombre mexicano. Una de las más urgentes tareas, piensa, del iberoamericano es comprenderse, tener una idea clara de su propio ser, en y con su circunstancia. Y esto porque no sólo el iberoamericano sino todo «hombre se encuentra siempre situado en una determinada circunstancia. Esta circunstancia se le presenta siempre como problema. El hombre tiene que adaptar dicha circunstancia a su vida y adaptar esta su vida a su circunstancia» (6), llevar su realidad, como diría Ortega, «por el camino más corto a la plenitud de su significado», que es en lo que consiste para Zea el ir plasmando una cultura mexicana, peruana, hispanoamericana...

Este empeño de Zea es de herencia orteguiana. La obra proyectada por Ortega, en el momento de la publicación de las *Meditaciones del Quijote*, pudiera añadirse que la obra entera de Ortega, fue obra de

(6) Leopoldo Zea, *América como conciencia*, 1.ª ed. 1953; 1.ª reimpresión 1983, Universidad Nacional de México, Dirección General de Publicaciones, pág. 26.

salvación de las circunstancias españolas, fue la contribución de Ortega a la empresa de levantar a España de su decadencia. El filósofo español propone a sus compatriotas que no ofrezcan a la vida «un corazón blindado de rencor», que superen su deficiencia capital, que es, según Ortega, el odio aniquilador de valores, odio que Ortega describe en contraste con el amor intelectual que inspira sus ensayos, el afecto más vivo, nos dice el filósofo español, que él encontraba en su corazón.

Ortega caracteriza sus ensayos, escritos movido él mismo por amor intelectual, con una bella imagen: «va fluyendo bajo la tierra espiritual de estos ensayos (los ensayos de él) riscosa a veces y áspera —con rumor ensordecido, blando, como si temiera ser oída demasiado claramente—, una doctrina de amor». Hay en su exposición un contraste, una antítesis entre él, movido por el amor, y los españoles o una mayoría de ellos tan grande como para poder hablar de ellos en total, tomados por el odio aniquilador de valores, odio que describe con otra imagen, muy enérgica, para el alma de los españoles: «Yo sospecho que, merced a causas desconocidas, la morada íntima de los españoles fue tomada tiempo hace por el odio, que permanece allí artillado, moviendo guerra al mundo.» El percibir así Ortega la situación española le lleva a proponer a sus compatriotas que salven amorosamente su circunstancia, salvándose a sí mismos: «Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo», actividad similar a la que proponen, como se ha visto, los mexicanos para México, y Leopoldo Zea, en particular, para México e Hispanoamérica, siguiendo en esto la filosofía de la salvación de las circunstancias desarrollada por Ortega y Gasset.

Más aún, Ortega presenta las *Meditaciones del Quijote* como ensayos de amor intelectual o «salvaciones», los cuales «no equivalen a loa ni ditirambo, puesto que puede haber en ellos fuertes censuras», como las que hace Ortega a sus compatriotas, con el odio que

les atribuye. Censuras de Ortega para sus compatriotas españoles y censuras de los mexicanos no sólo para sus compatriotas, sino para sí mismos, por lo menos tal como éstos las presentan. Ortega describe, además, las «salvaciones» no como filosofía, sino como «simplemente unos ensayos» y un pretexto y llamamiento práctico a una amplia colaboración ideológica sobre los temas nacionales. Los mexicanos, a su vez, no quisieron hacer un análisis puramente teórico del mexicano y de México. Sus propósitos fueron conocerse a sí mismos, conocer su circunstancia, percibir sus propias limitaciones y grandezas, individuales y culturales, aunque hayan puesto los ojos mucho más que Ortega en las limitaciones, sin duda impelidos, al igual que el filósofo español, por el deseo de superarlas. Formó parte de los proyectos de los mexicanos, también, el estudio de sus realidades concretas, vida política, económica, social, para después adaptar los ideales de la vida pública a las circunstancias mexicanas, intentado modificar así, moral y socialmente, al individuo y a la sociedad mexicanas. Este estudio filosófico de realidades concretas, vida política, económica y social fue llevado a cabo preferentemente, y ha sido continuado, sobre todo por Leopoldo Zea, como lo prueba su copiosa obra publicada (7), y quizá por pu-

(7) *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, El Colegio de México, 1949.

Conciencia y posibilidad del mexicano, Porrúa y Obregón, México, 1952.

El Occidente y la conciencia de México, Porrúa y Obregón, México, 1952.

América en la conciencia de Europa, Los Presentes, México, 1955.

Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica, Imprenta Universitaria, México, 1956.

Del liberalismo a la revolución en la educación mexicana, Instituto de Estudios de la Revolución Mexicana, México, 1956.

América en la Historia, 1.ª ed., Fondo de Cultura Económica, Publicaciones Diañoia, México, 1957; 2.ª ed., Colección «Cimas de América», Revista de Occidente, Madrid, 1970.

Latinoamérica y el mundo, 1.ª ed., Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1960; 2.ª ed., EUDEBA, Buenos Aires, 1965.

blicar, de tal manera que podría decirse de este pensador mexicano algo parecido a lo dicho sobre Ortega, a saber, que la obra entera de Zea es primeramente obra de salvación del mexicano, de las circunstancias mexicanas, y en segundo término, en un periodo posterior, obra de salvación de la América de lengua española toda entera, en y con su circunstancia.

Ensayos sobre México y Latinoamérica, Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela, 1960.

Democracias y dictaduras en Latinoamérica, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, 1960.

«Latinoamérica en la formación de nuestro tiempo», *Cuadernos Americanos*, México, 1965.

La filosofía americana como filosofía sin más, Siglo XXI Editores, S. A., México, 1969.

La esencia de lo americano, Pleamar, Buenos Aires, 1970.

Latinoamérica. Emancipación y neocolonialismo, Tiempo Nuevo, Caracas, 1971.

Dependencia y liberación en la cultura latinoamericana, Mortiz, México, 1975.

Dialéctica de conciencia americana, Edit. Alianza, México, 1975.

Filosofía y cultura latinoamericanas, Centro de Estudios Latinoamericanos «Rómulo Gallegos», Caracas, 1976.

Latinoamérica, tercer mundo, Extemporáneos, México, 1976.

Filosofía latinoamericana, Edicol, S. A., México, 1976.

Filosofía de la historia de América, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

Latinoamérica en la encrucijada de la Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981.

Sentido de la difusión cultural de América latina, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1981.

Latinoamérica, un nuevo humanismo, Edit. Bolivariana Internacional, Tunja, Colombia, 1982.

La transformación de la filosofía latinoamericana, Universidad de Naciones Unidas, Tokio, 1983.

Filosofía de lo americano, Edit. Nueva Imagen, México, 1983.

Etcétera.